

_Mi
voz
en
tinta_

CUADERNILLO DE

ESCRITURA CREATIVA

Leer para escribir



GABRIELA TESTINI



Escribir es un oficio y, como tal, se aprende, escribiendo. No hay forma de saltarse el escribir, cometer errores y reescribir. Sin embargo, no todo en la vida de un escritor es poner una palabra tras otra, sino que mucha parte se trata de leer.

Borges, cuando le preguntaban acerca de si se consideraba un buen escritor, contestaba que era mejor lector que escritor. Y ahí, en mi humilde opinión, hay una pequeña trampa o guiño por parte de él, porque es imposible ser un buen escritor sin ser un lector voraz.

Leer no solo nos abre a mundos nuevos, sino que nos enseña

sobre formas de abordar un tema, maneras de desarrollar una trama, diferentes tipos de personajes... y así, empezamos a reconocer estrategias para mantener al lector atento a nuestra historia. O sea, ¿leemos para copiar? En parte podríamos decir que sí, pero, en verdad, no.

Cuando empezamos a escribir es lógico que nuestra pluma se pretenda asemejar a la de algún autor en particular (a alguno que admiremos o al que queramos emular). Sin embargo, con el tiempo, nuestra propia pluma emerge y el escritor que llevamos dentro sale de entre todos los textos que hemos leído, habiéndose nutrido de ellos.

¡Buena Escritura!

GABRIELA TESTINI

 **Elegí una opción y ¡empezá a escribir!**

Después de leer el cuento *Mansas Tempestades*, elegí una de las opciones para crear tu historia. También es válido desarrollar ambas consignas e, incluso, unir las dos en la escritura de un cuento más extenso y complejo.

1. Opción 1

Escribí un cuento en dónde una pareja empiece su vida juntos.

2. Opción 2

Escribí el monólogo de uno de los personajes en dónde se queje de su pareja.

This image shows a single sheet of white paper with horizontal blue or grey ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

ESCRITURA NARRATIVA

Handwriting practice lines for narrative writing.



MANSAS TEMPESTADES

La mesa estaba servida en la casa de techos bajos del barrio de Versalles, a una cuadra de la iglesia de La Salud, esa que la había visto entrar con su vestido barato que tiraba más al color marfil que al blanco. El primer plato era pasta, dos raviolones para cada uno; el segundo, carne mechada acompañada con espárragos. El vino, cabernet, maridaje perfecto para la carne y el que le gustaba a su marido. Silvana fue a la cocina, se desató el delantal y lo llamó a cenar.

Cuarenta y seis años de casados. La misma edad que su hijo mayor cumpliría en unos meses. Aquel veintidós de enero Armando le prometió que para algún aniversario la sorprendería pidiéndole renovar los votos. Para ese momento dispondría de tiempo para organizar todo a su gusto, incluso podría vestirse de blanco. Pero, el romanticismo y las promesas se perdieron en la rutina y Silvana dejó de esperar la propuesta.

Armando se sentó a la mesa y empezaron a comer sin mediar palabras. Silvana lo observaba entre bocado y bocado. No era un hombre atractivo, era demasiado alto y delgado, por lo que los huesos, incluso los de la cara, se le marcaban dándole un aspecto sombrío. Su físico nunca la atrajo; lo que la seducía era su inteligencia y esa manera tan particular de él de mirar todo en perspectiva, de tomar distancia. Cuando eran jóvenes lo adoraba, pasaba horas arreglándose y dejándolo todo perfecto para complacerlo.

Podía encontrar dentro de su frialdad pequeños gestos de aprobación, miradas de orgullo cuando invitaba a algún colega a cenar y al llegar encontraba todo impecable. Con el tiempo esas señales desaparecieron, o tal vez ella dejó de notarlas, y esa cualidad que tanto admiraba de él se transformó en distancia.

Silvana levantó los platos y trajo la carne. Armando la observó hacer desde su lugar en la mesa. Se sintió molesta de que nada le hubiera llamado la atención, ni las flores que había comprado en un impulso cuando salieron a hacer las compras diarias por los negocios de Arregui, ni los escasos raviolos o el menú de dos platos. Hacía años que no celebraban. No estaba segura de qué la había motivado a hacerlo esta vez, pero se había encontrado planeando la cena sin darse cuenta. Observó a través de la mesa cómo su marido cortaba la carne, se llevaba el tenedor a la boca y luego lo apoyaba en el plato para masticar. Sus ojos se cruzaron y Armando sonrió. Era un buen hombre. De novios se divertían juntos. No estaba segura si se hubieran terminado casando de no haberse descuidado, pero no había resultado un mal matrimonio. Nunca supo si él deseaba ser padre, no se le ocurrió preguntárselo. Ella misma no se había cuestionado nunca su deseo de tener hijos.

—Feliz día —dijo Armando alzando su copa de vino.

Silvana contestó levantando la suya sorprendida y contenta de no tener que explicarle el motivo de la particular cena. No hicieron chinchín, solo las inclinaron, se miraron y bebieron.

—La cena está muy rica.

El rubor cubrió las mejillas de Silvana y esbozó una tímida sonrisa. Ese día se había despertado jovial y soñadora, y se había dejado llevar por los recuerdos, por la emoción del fugaz noviazgo y por los anhelos al dar el sí. Armando sonreía y Silvana se alegró de haber hecho algo distinto.

—Raro el peceto relleno —dijo captando la atención de su marido—. Pero tenía antojo de carne con ciruelas y el carnicero no tenía lomo.

Armando se rio.

—¿Qué? —preguntó Silvana contagiada de su risa.

—Nada de antojos.

Ambos rieron. Antes de darse cuenta de que tenía un atraso, habían ido a comer a El Fortín y Silvana se había devorado dos porciones enormes de pizza de jamón con ananá. La idea de encontrarse en la misma situación a su edad era ridícula. Charlaron sobre sus antojos agridulces, filosofando acerca de si la mezcla de felicidad y descontento que sintieron al saberse futuros padres no habría tenido algo que ver con esa fijación suya con ese tipo de comida. Silvana no recordaba la última vez que habían conversado sobre temas que no fueran triviales durante la cena. Cuando terminaron de comer, Armando se levantó y, como todos los días, estaba por ir a sentarse en el sillón del comedor a hacer zapping hasta que ella se le uniera para esperar a que el cansancio los venciera y así apagar la televisión e ir arriba.

—¿Querés pedir helado? —le preguntó Silvana reteniéndolo en la cocina. Armando la miró con ojos pícaros y volvieron a reír. Siempre habían tenido piel y hubo una época en la cual tenían la costumbre de tomar helado desnudos en la cama después de hacer el amor.

Entre roces, miradas cómplices y sonrisas levantaron la mesa y lavaron los platos mientras esperaban el pedido. Mousse de chocolate y sabayón en el cuarto de él y crema americana, dulce de leche y apenas un poquito de limón en el de ella; aunque siempre terminaban compartiendo.

—¿Una copita? —preguntó Armando yendo hacia el mueble donde guardaba los licores. Silvana, que saboreaba el último resto de helado se negó, pero le robó un par de sorbitos del amaro mientras terminaba la película.

Bastante tiempo atrás él se había mudado al cuarto de los chicos. Habían comprado una cama matrimonial con la excusa de tener una habitación de huéspedes para cuando su hija y su familia los visitaban desde

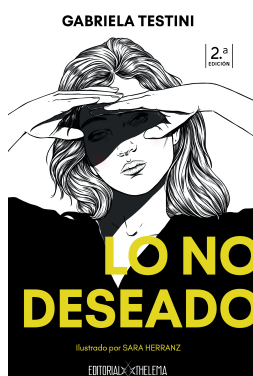
Mar del Plata. No lo contaron, era solo para dormir mejor; Armando roncaba y Silvana leía hasta tarde. Cuando tenían visitas volvían a compartir el dormitorio. El primer día se sentían un poco raros, pero nada más.

Al terminar la película subieron juntos y se separaron en el pasillo. Armando usó el baño de los chicos y Silvana se acostó a leer. Cuando alzó la vista del libro, su marido estaba apoyado contra el marco de la puerta. En sus ojos encontró la calidez de siempre y distinguió algo más. El color miel tenía los destellos naranja de antaño. Silvana le sonrió dejando el libro. Armando se acercó a la cama, corrió el edredón y se metió bajo las sábanas. El pie de él rozó el suyo y ella enredó sus piernas buscando calor.

—Se siente bien —dijo Armando, besándole los labios.

Silvana le devolvió el beso. Aún podía ser algo más que un buen matrimonio.

44 | Gabriela Testini



Mansas Tempestades es parte de mi antología LO NO DESEADO. Podés conseguir mi libro en Argentina y el resto del mundo en versión papel y digital (Kindle). Si estás suscripto a KindleUnlimited ¡lo podés leer gratis! Te dejo abajo el link de compra de cada lugar (solo tenés que hacer click en el logo).

